

“El gran río de los dos corazones”¹

Ernest Hemingway *En nuestro tiempo...*

Capítulo XIV

Maera yacía quieto, la cabeza sobre sus brazos, la cara en la arena. Se sentía tibio y pegajoso por la sangre. Sentía cada cornada. A veces el toro sólo lo topeteaba con la cabeza. Una vez el cuerno lo atravesó de lado a lado y se enterró en la arena. Alguien había agarrado al toro por la cola. Lo insultaban y el arrojaban la capa al hocico. Luego el toro se fue. Unos hombres levantaron a Maera y comenzaron a correr con él hacia la barrera, atravesando el portón hacia el pasillo debajo de las tribunas y la enfermería. Acostaron a Maera en una camilla y uno de los hombres fue en busca del doctor. El doctor llegó corriendo desde el corral, donde había estado cociendo los caballos de los picadores. Se había detenido a lavarse las manos. Había un tremendo griterío en las tribunas por encima de ellos. Maera quiso decir algo y se dio cuenta de que no podía hablar. Maera sintió que todo se hacía más y más grande y luego más y más pequeño. Luego se hizo más y más grande y luego más y más pequeño. Luego todo comenzó a correr más y más rápido como cuando aceleran una película cinematográfica. Luego se murió.

El Gran río de los dos corazones. Parte I

El tren se perdió de vista alrededor de una de las colinas de bosque maderable quemado. Nick se sentó sobre el atado con la carpa y la ropa de cama que el bagallero había arrojado desde la puerta del vagón de equipajes. Ya no había pueblo, nada excepto los rieles y la región arrasada por el fuego. De las trece cantinas que se alineaban a lo largo de la calle única de Seney no quedaba ni rastro. Los cimientos del hotel Mansion House sobresalían del suelo. La piedra estaba agrietada y partida por el fuego. Era todo lo que quedaba del pueblo de Seney. Incluso la superficie del suelo había sido arrancada por el fuego.

Nick miró la franja chamuscada de colina, donde había esperado encontrar las casas desparramadas del pueblo y entonces se volvió caminando por las vías hacia el puente sobre el río. Ahí estaba el río. Se arremolinaba contra los pilotes de tronco del puente. Nick bajó la vista hacia el agua clara y marrón, coloreada por el fondo de guijarros, y observó que las truchas se sostenían quietas en la corriente con sus aletas temblorosas. Al mirarlas cambiaron de posición en veloces ángulos, sólo para volverse a sostener quietas en las aguas rápidas. Nick las observó por largo tiempo.

Las observó sostenerse de frente a la corriente; muchas truchas en las aguas profundas y rápidas, levemente distorsionadas ya que él miraba muy al fondo a través de la convexa superficie vidriosa de la hoya, superficie que empujaba y se hinchaba suave contra la resistencia de los pilotes del puente atascados de troncos. Las truchas grandes se encontraban al fondo de la hoya. Al comienzo Nick no las había visto. Luego las vio en el fondo de la hoya, grandes truchas tratando de sostenerse en el fondo de grava en medio de una neblina cambiante de grava y arena levantadas de a chorros por la corriente.

Nick miró la hoya desde el puente. Era un día caluroso. Un martín-pescador voló corriente arriba. Había pasado un largo rato desde que Nick mirara al arroyo y viera las truchas. Estaban muy buenas. Al moverse corriente arriba la sombra del martín-pescador, una trucha grande se disparó hacia allí en un ángulo amplio, sólo su sombra marcaba el ángulo, luego al atravesar la superficie del agua y atrapar la luz del sol, perdió su sombra y luego, al volver al arroyo bajo la superficie, su sombra pareció flotar aguas abajo con la corriente, sin resistirse, hasta su sitio bajo el puente donde se puso tiesa enfrentando la corriente.

Al moverse la trucha, el corazón de Nick se puso tieso. Sintió todas las viejas emociones.

¹ Traducción de Gabriel Matelo.

Literatura Norteamericana

Se volvió y miró el arroyo. Al curvarse al pie de un barranco, se ensanchaba, cubierto el fondo de guijarros, con bajíos, grandes peñascos y una profunda hoya.

Nick caminó de regreso por los durmientes hasta donde estaba su mochila sobre las cenizas junto a las vías. Estaba feliz. Ajustó el arnés de la mochila alrededor del atado, tensando las correas, se puso la mochila en bandolera por la espalda, pasó sus brazos por las cinchas para los hombros y contrarrestó algo del peso sobre sus hombros inclinando su cabeza hacia delante. Aún así, estaba muy pesada. Estaba demasiado pesada. Tenía su portacaña de cuero en una mano e inclinándose hacia delante para sostener alto el peso de la mochila en los hombros caminó por el sendero que corría paralelo a las vías, dejando atrás en el calor el pueblo quemado, y luego rodeó una colina, cercada a cada lado por sendas colinas con cicatrices del incendio, hacia el camino que regresaba a la región. Caminó por el sendero sintiendo el dolor del tironeo de la pesada mochila. El sendero subía en forma regular. Era un duro esfuerzo subir la colina caminando. Le dolían los músculos y el día era caluroso, pero Nick se sentía feliz. Sentía que lo había dejado todo atrás, la necesidad de pensar, la necesidad de escribir, otras necesidades. Había quedado todo atrás.

Desde el momento en que había bajado del tren y el bagallero había arrojado su mochila desde la puerta abierta las cosas había sido diferentes. Seney se había incendiado, la región se había incendiado totalmente y había cambiado, pero no importaba. No podía estar todo incendiado. Sabía eso. Caminó por el sendero, sudando al sol, escalando para cruzar la cadena de colinas que separaba las vías de la llanura de pinos.

Continuaba el sendero, hundiéndose en ocasiones, pero siempre en subida. Nick siguió subiendo. Finalmente tras volverse paralelo a las laderas quemadas el sendero alcanzó la cima. Nick se apoyó contra un tocón y aflojó el arnés de la mochila. Delante suyo, hasta donde podía ver, se encontraba la llanura de pinos. La región quemada se detenía a la izquierda junto a la cadena de colinas. Más adelante islas de pinos oscuros se elevaban en la llanura. Más lejos hacia la izquierda se encontraba la línea del río. Nick lo siguió con los ojos y pudo ver el relumbre del agua al sol.

Delante suyo no había nada excepto la llanura de pinos, hasta las lejanas colinas azules que marcaban la cota del Lago Superior. Apenas podía verlas, tenues y a lo lejos, en la luz caliente encima de la llanura. Si las miraba muy fijo, desaparecían. Pero si sólo miraba a medias allí estaban, las lejanas colinas que marcaban la altura del terreno.

Nick se sentó contra el tocón chamuscado y fumó un cigarrillo. Su mochila se balanceaba en la punta del tocón, el arnés suelto, con un hueco moldeado por su espalda. Nick estuvo sentado fumando, echando un vistazo a la región. No necesitaba sacar el mapa. Sabía dónde estaba por la posición del río.

Mientras fumaba, con sus piernas estiradas por delante, advirtió que un saltamontes caminaba por el suelo y subía por su zoquete de lana. El saltamontes era negro. Al caminar por el sendero, trepando, había sorprendido a muchos saltamontes en la polvareda. Eran negros. No eran los saltamontes grandes con alas amarillas y negras o rojas y negras, que hacen zumbir la cubierta negra de sus alas al ascender en vuelo. Éstos eran saltamontes comunes, pero todos de color negro hollín. Mientras caminaba, a Nick le habían llamado la atención, sin pensar realmente en ellos. Ahora, al mirar el saltamontes negro que estaba mordisqueando la lana de su zoquete con su boca de cuatro piezas, se dio cuenta de que se habían vuelto todos negros al vivir en la zona quemada. Se dio cuenta de que el incendio debió haber ocurrido el año anterior, pero los saltamontes eran todos negros ahora. Se preguntó cuánto tiempo permanecerían de esa manera.

Con cuidado estiró su mano y agarró al saltamontes por las alas. Lo levantó, todas sus patas caminando en el aire, y observó su abdomen articulado. Sí, también era negro, iridiscente al estar el lomo y la cabeza cubiertos de polvo.

“Vete, saltamontes”, dijo Nick, hablando en voz alta por primera vez, “Vuela a alguna parte.”

Literatura Norteamericana

Empujó el saltamontes hacia el aire y lo vio volar hasta un tocón carbonizado al otro lado del camino.

Nick se puso de pie. Apoyó la espalda contra el peso de la mochila que descansaba erguida sobre el tocón y pasó sus brazos a través de las cinchas. Permaneció con la mochila a la espalda al borde de la colina observando la región hacia el río distante y luego bajó la ladera alejándose del sendero. El suelo se sentía agradable al caminar. Doscientas yardas ladera abajo la franja del incendio se detenía. Más allá había helechos, crecidos hasta los tobillos, y manchas de pinares, una región extensa y ondulada con subidas y bajadas frecuentes, arenoso al caminar, y la región con vida de nuevo.

Mediante el sol, Nick mantuvo la dirección. Sabía en dónde quería bajar al río y siguió a través de la llanura de pinos, escalando elevaciones pequeñas que le dejaban ver otras elevaciones delante suyo y a veces desde la cima de una elevación una impresionante isla de pinos lejos a su derecha o izquierda. Arrancó algunas ramitas de una mata de helechos, y las puso debajo de las cinchas de su mochila. El roce aplastaba el helecho y al caminar sentía el olor.

Caminando a través de la llanura accidentada de pinos sin sombra, se sentía cansado y con mucho calor. Sabía todo el tiempo que podía alcanzar el río con sólo girar a su izquierda. No podía estar a más de una milla. Pero se mantuvo hacia el Norte para llegar al río tan aguas arriba como pudiera en un día de caminata.

Mientras caminaba, Nick había tenido a la vista por un rato una gran isla de pinos sobresaliendo por encima de los terrenos altos ondulados que estaba cruzando. Descendió y luego, al subir lentamente hasta la cumbre de la colina, giró y se dirigió hacia los pinos.

No había ningún sotobosque en la isla de pinos. Los troncos de los árboles se erguían derechos o se inclinaban unos contra otros. Los troncos eran derechos y marrones sin ramas. Las ramas estaban muy en lo alto. Algunas se entrecruzaban produciendo una sombra sólida sobre el piso marrón del bosque. Alrededor de la arboleda había un espacio desnudo. Era marrón y Nick lo sintió acolchado al caminar. Era por la superposición de las agujas de los pinos sobre el piso, extendiéndose más allá del ancho cubierto por las ramas altas. Los árboles habían crecido mucho y las ramas se movían en lo alto, dejando al sol este espacio desnudo que alguna vez hubieran cubierto con sombras. Al borde mismo de esta extensión de piso de bosque surgían los helechos.

Nick se sacó la mochila y se sentó a la sombra. Se recostó de espalda y miró hacia arriba a los pinos. Al estirarse, su cuello y espalda y la parte inferior de su espalda se relajaron. La tierra le resultaba cómoda a su espalda. Miró al cielo a través de las ramas, y luego cerró los ojos. Los abrió y miró de nuevo. Había viento a la altura de las ramas superiores. Cerró los ojos y se puso a dormir.

Nick se despertó tieso y acalambrado. El sol casi se había puesto. La mochila estaba pesada y las cinchas le hacían doler al levantarla. Se inclinó con la mochila a cuestas y recogió el portacaña de cuero y comenzó a salir del pinar a través del bajío de helechos, hacia el río. Sabía que no podía estar a más de una milla de distancia.

Descendió por la ladera cubierta de tocones y entró en un prado. En el límite del prado fluía un río. Nick estaba contento de haber llegado al río. Caminó a contracorriente a través del prado. Tenía los pantalones empapados de rocío al caminar. Tras un día caluroso, el rocío había caído rápida y pesadamente. El río no producía ningún ruido. Era demasiado rápido y manso. Al borde del prado, antes de trepar a una zona de terreno alto para acampar, Nick miró las truchas saltando en el río. Saltaban hacia los insectos que venían al atardecer desde el pantano al otro lado del arroyo. Las truchas se lanzaban desde el agua para atraparlos. Mientras Nick caminaba a través del trecho de prado paralelo al arroyo, las truchas saltaban alto desde el agua. En este momento en que miraba el río, los insectos se debían estar posando sobre la superficie, ya que las truchas no paraban de alimentarse en todo el arroyo. Tan lejos en el extenso trecho como él llegaba a ver, las truchas saltaban, haciendo círculos en la superficie del agua, como si estuviera comenzando a llover.

Literatura Norteamericana

Se elevó el terreno, arenoso y cubierto de bosque, hasta llegar a verse el prado, el trecho de río y el pantano. Nick dejó caer la mochila y el portacaña y buscó una parte de suelo parejo. Tenía mucha hambre y quería armar el campamento antes de cocinar. Entre dos pinos, el suelo estaba bastante parejo. Sacó un hacha de la mochila y cortó dos raíces que sobresalían. Eso niveló una parte del suelo lo suficientemente grande como para dormir. Alisó el suelo arenoso con sus manos y arrancó todos los arbustos de helecho desde raíz. Las manos le olían bien por el helecho. Alisó la tierra y le sacó las raíces. No quería que nada hiciera bulto bajo las mantas. En cuanto tuvo el suelo liso, extendió las tres mantas. Una la dobló sobre el suelo. A las otras las extendió por encima.

Con el hacha cortó un trozo de madera de pino sacada de uno de los tocones y la cortó en estacas para la carpa. Las quería largas y sólidas, que se quedaran agarradas al suelo. Con la carpa desempaquetada y estirada sobre el suelo, la mochila, apoyada en un pino, parecía mucho más pequeña. Nick ató la soga que le serviría de tirante superior a la carpa al tronco de uno de los pinos y levantó la carpa del suelo con el otro extremo de la soga y lo ató al otro pino. La carpa colgaba de la soga como una manta de lona en una línea de colgar la ropa. Nick hundió un palo que había cortado bajo el pico trasero de la lona y luego la transformó en una carpa estanquéndole los lados. Estaqueó los lados tirante y empujó las estacas profundamente, golpeándolas con el mango del hacha hasta que los nudos de la soga quedaron enterrados y la lona estaba tensa como un tambor.

En la entrada abierta de la carpa, Nick puso una tela calada para que no entraran los mosquitos. Entró gateando bajo el mosquitero con varias cosas de la mochila para ponerlas en la cabecera de la cama bajo el plano inclinado de la lona. Enseguida hubo algo misterioso y hogareño. Al meterse gateando en la carpa, Nick se sintió feliz. No se había sentido mal en todo el día. Aunque esto era diferente. Ya estaban hechas las cosas. Había esto que hacer. Ahora estaba hecho. Había sido un arduo viaje. Estaba muy cansado. Listo. Había acampado. Se había establecido. Nada podría tocarlo. Era un buen lugar para acampar. Allí estaba él, en un buen lugar. Estaba en el hogar que él había construido. Ahora estaba hambriento.

Salió, gateando bajo el mosquitero. Ya estaba bastante oscuro fuera. Había más luz en la carpa.

Nick fue hasta la mochila y buscó, con los dedos, un clavo largo en una bolsa de papel con clavos, al fondo de la mochila. Lo clavó al pino, sosteniéndolo y pegándole despacio con el mango del hacha. Colgó la mochila del clavo. Todas sus provisiones estaban en la mochila. Ahora estaban lejos del suelo y a resguardo.

Nick estaba hambriento. No creía haber nunca estado tan hambriento. Abrió y vació una lata de cerdo, porotos y una lata de espagueti en una sartén.

“Si estoy dispuesto a cargarlas, tengo derecho a comer este tipo de cosas,” dijo Nick. Su voz sonaba extraña en el bosque oscurecido. No volvió a hablar.

Encendió una hoguera con pedazos de pino que con el hacha cortó de un tocón. Sobre el fuego metió una parrilla de alambre, hundiendo las cuatros patas en el suelo con su bota. Nick puso la sartén sobre la parrilla encima de las llamas. Sentía más hambre. Los porotos y el spaguetti se calentaron. Nick los revolvió y los mezcló. Comenzaron a burbujear, haciendo pequeñas burbujas que se elevaban con dificultad hasta la superficie. El olor estaba bueno. Nick sacó una botella de ketchup y cortó cuatro rebanadas de pan. Las pequeñas burbujas estaban saliendo más rápido ahora. Nick se sentó junto al fuego y levantó el sartén. Se sirvió cerca de la mitad del contenido en un plato de lata. Se extendió lentamente en el plato. Nick sabía que todavía estaba demasiado caliente. Miró al fuego, luego a la carpa, no iba a estropear todo eso quemándose la lengua. Por años no había podido disfrutar de las bananas fritas porque nunca había sido capaz de esperar que se enfriaran. Su lengua era muy sensible. Estaba muy hambriento. Del otro lado del río, en el pantano, en lo casi oscuro, vio que se elevaba la niebla. Miró a la carpa otra vez. Bien. Tomó una cucharada del plato.

“Cristo,” dijo Nick, “Jesucristo”, dijo feliz.

Literatura Norteamericana

Se comió el plato entero antes de acordarse del pan. Nick terminó el segundo plato lleno con el pan, limpiándolo hasta dejarlo brillante. No había comido nada desde la taza de café y el sandwich de jamón en el restorán de la estación de St. Ignace. Había sido una experiencia muy agradable. En el pasado ya había sentido tanta hambre, pero no había podido satisfacerla. Habría podido acampar horas antes, si lo hubiera querido. Había muchos buenos lugares donde acampar en el río. Pero éste estaba muy bueno.

Mick metió dos grandes astillas de pino bajo la parrilla. El fuego dio unas llamaradas. Había olvidado traer agua para el café. Sacó de la mochila un balde de lona plegable y bajó la colina, atravesando el borde del prado, hasta el arroyo. La otra orilla estaba bajo la niebla blanca. Al arrodillarse en la orilla y hundir el balde de lona en el arroyo, encontró que el pasto estaba húmedo y frío. Se infló y se tensó en la corriente. El agua estaba fría como hielo. Nick enjuagó el balde y se lo llevó lleno al campamento. Arriba y lejos del arroyo no hacía tanto frío.

Nick clavó otro clavo grande y colgó el balde de agua. Hundió la cafetera hasta la mitad, puso más astillas debajo de la parrilla encima del fuego y colocó la cafetera. No se podía acordar de cómo hacía él el café antes. Se acordaba de una discusión con Hopkins acerca de eso, pero no de qué lado estaba él. Decidió llevarla hasta el hervor. Recordó ahora que así era como lo hacía Hopkins. Una vez había discutido de todo con Hopkins. Mientras esperaba que el café hirviera, abrió una pequeña lata de damascos. Le encantaba abrir latas. Vacío la lata de damascos en una taza de lata. Mientras atendía el café en el fuego, se tomó el jugo de los damascos, con cuidado al comienzo para evitar derramárselo, meditativamente luego, al extraer los damascos. Eran más ricos que los damascos frescos.

Al mirar, el café ya estaba hirviendo. La tapa saltó y el café y la borra resbalaron por la cafetera. Nick la sacó de la parrilla. Era un triunfo para Hopkins. Puso azúcar en la taza de damascos vacía y se sirvió café para enfriarlo. Estaba demasiado caliente para sujetarla y usaba su sombrero para agarrar la manija. De ninguna manera lo dejaría concentrarse en la cafetera. No la primera taza. Tenía que seguirlo a Hopkins todo a lo largo del proceso. Hop merecía eso. Era un cafetero serio. Fue el hombre más serio que Nick conociera. No duro; serio. Eso fue hace mucho tiempo. Hopkins hablaba sin mover los labios. Había jugado al polo. Hizo millones de dólares en Texas. El día en que llegó el cable de que su primer pozo grande acababa de ser perforado, tuvo que pedir prestado el dinero del viaje para ir a Chicago. Podría haber pedido dinero por cable. Hubiese sido demasiado lento. A la chica de Hop la llamaban la Venus Rubia. A él no le importaba porque no era su verdadera novia. Hopkins decía con mucha confianza que nadie se reiría de su verdadera novia. Tenía razón. En cuanto llegó el telegrama, Hopkins se fue. Eso fue en el Río Negro. El telegrama tardó ocho días en llegar a él. Hopkins le regaló a Nick su pistola automática Colt calibre 22. Le regaló su cámara a Bill. Para que siempre lo recordaran. Irían todos juntos a pescar el próximo verano. Hop era rico ahora. Conseguiría un yate e irían todos de crucero a la costa norte del Lago Superior. Estaba entusiasmado pero en serio. Se despidieron y fue feo. Interrumpía el viaje. Nunca volvieron a ver a Hopkins. Eso fue hace mucho tiempo en el Río Negro.

Nick bebió café, el café según Hopkins. El café estaba amargo. Nick se rió. Le daba un buen final a la historia. Su mente estaba empezando a trabajar. Sabía que podía ahogarla porque estaba lo suficientemente cansado. Tiró el café y sacudió la borra suelta al fuego. Encendió un cigarrillo y entró en la carpa. Se sacó las botas y los pantalones, sentándose en las mantas, enrolló los pantalones con las botas de almohada y se metió entre las mantas.

En el exterior, a través del frente de la carpa, observó el resplandor de la hoguera que el viento nocturno avivaba. Era una noche silenciosa. El pantano se hallaba en perfecto silencio. Nick se estiró bajo la manta con comodidad. Un mosquito le zumbó cerca de un oído. Nick se sentó y encendió un fósforo. El mosquito estaba posado en la lona, encima de su cabeza. Nick acercó rápidamente el fósforo hacia él. El mosquito produjo un adecuado siseo en la llama. El fósforo se apagó. Nick se acostó de nuevo bajo las mantas. Se puso de costado y cerró los ojos. Estaba soñoliento. Sentía que ya llegaba el sueño. Se hizo un ovillo bajo la manta y se puso a dormir.

Capítulo XV

Colgaron a Sam Cardinella a las seis en punto de la mañana en el corredor de la cárcel del condado. El corredor era alto y angosto con hileras de celdas a cada lado. Todas las celdas estaban ocupadas. Los prisioneros habían sido llevados allí para colgarlos. Cinco hombres sentenciados a ser colgados estaban en las cinco celdas de arriba. Tres de los hombres a ser colgados eran negros. Estaban asustados. Uno de los blancos se sentó en su catre con la cabeza entre las manos. Los otros estaban tirados en sus catres con una manta enrollada alrededor de la cabeza.

Salían a la horca a través de una puerta en la pared. Había seis o siete de ellos, incluyendo a dos sacerdotes. Traían a Sam Cardinella. Había estado así desde cerca de las cuatro en punto de la mañana.

Mientras sujetaban sus piernas, dos guardias lo sostenían de pie y los dos sacerdotes le susurraban. “Compórtate como un hombre, muchacho,” dijo un sacerdote. Cuando se le acercaron para ponerle la capucha sobre la cabeza, Sam Cardinella perdió el control de sus esfínteres. Los guardias que lo habían estado sosteniendo lo soltaron. Ambos reaccionaron con asco. “¿Por qué no traes una silla, Will?,” preguntó uno de los guardias. “Mejor trae una,” dijo un hombre con bombín.

Cuando todos retrocedieron al andamiaje detrás de la puerta trampa, que era muy pesado, construido de roble y acero y que funcionaba con cojinetes de bola, dejaron a Sam Cardinella sentado allí fuertemente atado con la soga alrededor del cuello; el más joven de los sacerdotes se arrodilló junto a la silla sosteniendo un pequeño crucifijo. El sacerdote saltó al andamiaje justo antes de que se abriera la puerta.

El gran río de los dos corazones. Parte II

A la mañana el sol estaba alto y la carpa comenzaba a calentarse. Nick salió gateando por debajo del mosquitero estirado a través de la boca de la carpa, para ver la mañana. Al salir, sintió el pasto húmedo al tacto. Sostuvo sus pantalones y sus botas con las manos. El sol había alcanzado la cima de la colina. Ahí estaban el prado, el río y el pantano. Había abedules entre las plantas del pantano del otro lado del río.

El río era cristalino y mansamente rápido a la mañana temprano. A unas doscientas yardas abajo había troncos atravesados al arroyo. El agua se ponía mansa y profunda a su alrededor. Mientras Nick miraba, un visón cruzó el río sobre los troncos y se dirigió al pantano. Nick estaba entusiasmado. Estaba entusiasmado por la mañana temprana y el río. Estaba realmente demasiado apurado como para desayunar, pero sabía que debía hacerlo. Encendió una pequeña hoguera y puso la cafetera. Mientras se calentaba el agua en la cafetera tomó una botella vacía y bajó por el borde del terreno alto hasta el prado. El prado estaba húmedo de rocío y Nick quería cazar saltamontes para carnada antes de que el sol seicara el pasto. Encontró un montón de buenos saltamontes. Se encontraban en la base de los tallitos del pasto. A veces se aferraban al tallito del pasto. Estaban fríos y húmedos de rocío, y no podrían saltar hasta que el sol los calentara. Nick los agarraba, eligiendo sólo los marrones de tamaño medio, y los metía en la botella. Dio vuelta un tronco y justo bajo la protección del borde había varios centenares de saltamontes. Era un inquilinato de saltamontes. Nick puso cerca de cincuenta de los marrones medianos en la botella. Mientras recogía los saltamontes los otros se estaban entibiando al sol y comenzaban a saltar. Al saltar se iban volando. Al comienzo hacían un vuelo y se quedaban tiesos cuando aterrizaban, como si estuvieran muertos.

Nick sabía que para la hora en que hubiera terminado de desayunar estarían todos tan vivaces como siempre. Sin rocío en el suelo le llevaría todo el día atrapar una botella llena de buenos saltamontes y hubiera tenido que aplastar muchos de ellos, al azotarlos con su sombrero. Se lavó las manos en el arroyo. Lo entusiasmaba acampar junto a él. Luego subió caminando a la carpa. Los saltamontes ya estaban saltando rígidamente en el pasto. En la botella, entibiados por el

Literatura Norteamericana

sol, saltaban en masa. Nick usó una ramita de pino como corcho. Tapaba bastante bien el pico de la botella, así los saltamontes no podían salir, pero dejaba entrar bien el aire.

Había dejado el tronco en su lugar y sabía que allí podría obtener saltamontes todas las mañanas.

Nick apoyó la botella llena de saltamontes saltarines junto al tronco de un pino. Rápidamente mezcló harina de trigo y agua y revolvió despacio, una taza de harina, una taza de agua. Puso un puñado de café en la cafetera y extrajo un trozo de grasa de una lata y lo pasó chirriando por la sartén caliente. En la sartén humeante echó suavemente la pasta de harina de trigo. Se desparramó como la lava, la grasa chisporroteando bruscamente. Alrededor del borde el panqueque comenzaba a afirmarse, luego tostado, luego crocante. La superficie burbujeaba lentamente hacia la porosidad. Nick metió una astilla fresca de pino bajo la superficie inferior tostada. Sacudió la sartén horizontalmente y el panqueque se despegó de la superficie. No voy a tratar de darlo vuelta en el aire, pensó. Deslizó la astilla de madera limpia debajo de todo el panqueque, y lo sacudió en el aire cerca de su rostro. Chisporroteó en la olla.

En cuanto estuvo cocinado, Nick volvió a engrasar la sartén. Usó todo el trozo. Hizo otro panqueque grande y uno más pequeño.

Nick se comió el panqueque grande y el más pequeño, untados con dulce de manzana. Puso dulce de manzana en el tercer panqueque, lo dobló sobre sí mismo dos veces, lo envolvió en papel encerado y lo guardó en el bolsillo de su camisa. Devolvió el frasco de dulce de manzana a la mochila y cortó pan para dos sandwiches.

En la mochila encontró una cebolla grande. La cortó en dos y peló la sedosa piel externa. Luego cortó una mitad en rodajas y se hizo sandwiches de cebolla. Los envolvió en papel encerado y se los guardó en el otro bolsillos abotonado de su camisa kaki. Puso la sartén boca abajo en la parrilla, bebió café, endulzado y de un marrón amarillento debido a la leche condensada que tenía, y ordenó el campamento. Era un campamento pequeño y agradable.

Nick sacó la caña de su portacaña de cuero, la armó, y tiró el portacaña adentro de la carpa. Colocó el reel y pasó la línea por las guías. Al pasarla, debía sostenerla con ambas manos; si no, se saldría por su propio peso. Era una línea doble pesada. Nick había pagado ocho dólares por ella mucho tiempo atrás. Se la hacía pesada para poder pegar el tirón en el aire y soltarla lisa, pesada y derecha y poder así arrojar la mosca que no tiene nada de peso. Nick abrió la caja de aluminio con los sedales. Los sedales estaban enrollados entre almohadillas de franela húmeda. Nick había mojado las almohadillas en el enfriador de agua en el tren a St. Ignace. En las almohadillas húmedas los sedales de tripa se habían ablandado y Nick desenrolló uno y lo ató con un nudo al extremo de la pesada línea. Sujetó un anzuelo al extremo del sedal. Era un anzuelo pequeño; muy delgado y elástico.

Nick lo sacó de la caja de anzuelos, sentado con la caña atravesada en sus piernas. Examinó el nudo y el resorte de la caña tirando de la línea hasta tensarla. Se sentía bien. Tuvo cuidado de no dejar que el anzuelo le pinchara un dedo.

Empezó a bajar hacia el arroyo, sosteniendo al caña, la botella de saltamontes colgada del cuello mediante una correa atada alrededor del cuello de la botella. La red colgaba de un gancho en su cinturón. Sobre sus hombros llevaba un largo saco de harina atado a ambos extremos dejando orejas. La cuerda pasaba por sus hombros. La bolsa le golpeteaba las piernas.

Nick se sentía torpe aunque profesionalmente feliz con todo su equipo colgándole. La botella de saltamontes se balanceaba contra su pecho. Los bolsillos delanteros de su camisa estaban abultados por la comida y la caja de moscas.

Se metió en el arroyo. Fue una conmoción. Los pantalones se tensaron contra sus piernas. Las botas sintieron la grava. El agua era una creciente y fría conmoción.

Literatura Norteamericana

Urgente, la corriente le arrastraba las piernas hacia atrás. Donde se parara, el agua le llegaba a las rodillas. Vadeó con la corriente. La grava se deslizaba debajo de sus botas. Bajó la vista hacia el remolino de agua debajo de cada pierna e inclinó la botella para sacar un saltamontes.

El primer saltamontes dio un salto al cuello de la botella y cayó en el agua. Fue arrastrado bajo el remolino de la pierna derecha de Nick y volvió a la superficie un poco aguas abajo. Flotó con velocidad, pateando. Desapareció en un rápido círculo, rompiendo la superficie lisa del agua. Una trucha lo había atrapado.

Otro saltamontes sacó su cabeza de la botella. Sus antenas temblaban. Estaba sacando sus patas delanteras de la botella para saltar. Nick lo agarró de la cabeza y lo sostuvo mientras ensartaba el delgado anzuelo bajo la cabeza, a través del tórax y hasta los últimos segmentos del abdomen. El saltamontes se aferró al anzuelo con las patas delanteras, escupiendo jugo de tabaco. Nick lo dejó caer al agua.

Sosteniendo la caña en su mano derecha soltó línea contra el arrastre del saltamontes en medio de la corriente. Liberó línea del reel con su mano izquierda y la dejó correr. Podía ver el saltamontes en las pequeñas olas de la corriente. Desapareció de la vista.

Hubo un tirón en la línea. Nick sintió la línea tensa. Era la primera vez que picaban. Sosteniendo la caña, ahora viva, a través de la corriente, atrajo la línea con su mano izquierda. La caña se doblaba en sacudones, la trucha bombeando contra corriente. Nick supo que era pequeña. Levantó la caña derecha en el aire. Se arqueó por la tracción.

Vio la trucha en el agua tironeando con su cabeza y cuerpo contra la cambiante tangente de la línea en el arroyo.

Nick tomó la línea con la mano izquierda y recogió la trucha hacia la superficie, que golpeaba la corriente sorda y cansadamente. Su lomo tenía un moteado claro, del color del agua sobre la grava, sus costados relucían al sol. Con la caña bajo su brazo derecho, Nick se puso de cuclillas, hundiendo su mano derecha en la corriente. Agarró la trucha, nunca quieta, con su mano derecha humedecida, mientras le sacaba el anzuelo de la boca; luego la devolvió al arroyo.

Se colgó sin firmeza en la corriente, luego se colocó al fondo junto a una piedra. Nick estiró la mano para tocarla, del brazo al codo bajo el agua. La trucha se quedaba quieta en la corriente en movimiento, descansando en la grava, junto a una piedra. Al tocarla, los dedos de Nick sintieron algo liso, frío y subacuático; ella desapareció, desapareció en una sombra que cruzaba el fondo del arroyo.

“Está bien,” pensó Nick. “Sólo cansada.”

Se había humedecido la mano antes de tocar la trucha, para no perturbar la delicada mucosidad que la cubría. Si se tocaba una trucha con las manos secas, un hongo blanco atacaba la zona desprotegida. Años atrás cuando había pescado en riachos llenos de gente, con pescadores de mosca delante y detrás suyo, Nick había encontrado una y otra vez truchas muertas, peludas de hongo blanco, flotando contra las rocas, o flotando panza arriba en alguna hoyo. A Nick no le gustaba pescar con otros hombres en el río. A no ser que fueran parte de su grupo, lo estropeaban todo.

Vadeó el arroyo, por encima de sus rodillas en la corriente, a lo largo de cincuenta yardas de aguas bajas hasta la pila de troncos que cruzaban el arroyo. No volvió a encarnar el anzuelo y mientras vadeaba lo sostuvo en la mano. Estaba seguro de que podría pescar una trucha pequeña en los bajíos, pero no quería de esas. No habría truchas grandes en los bajíos a esta hora del día.

Ahora el agua se hizo más profunda llegándole a los muslos fría y brusca. Adelante estaba el desborde de agua por encima de los troncos. El agua era mansa y oscura; a la izquierda, el extremo inferior del prado; a la derecha, el pantano.

Literatura Norteamericana

Nick se recostó en la corriente y sacó un saltamontes de la botella. Encarnó el anzuelo con el saltamontes y lo escupió como señal de buena suerte. Luego liberó varias yardas de línea del reel y lanzó al saltamontes derecho hacia las aguas rápidas y oscuras. Se fue flotando hacia los troncos, luego el peso de la línea arrastró la carnada bajo la superficie. Nick sostenía la caña con su mano derecha, dejando que la línea corriera por sus dedos.

Hubo un largo tirón. Nick le dio una sacudida y la caña cobró vida y peligrosidad, se arqueó doble, tensionándose la línea, saliendo del agua, tensionándose, todo con una fuerza pesada, peligrosa y firme. Nick sintió el momento en que, si la tensión aumentaba, el sedal se rompería y soltó línea.

Al salir la línea disparada, el reel produjo un chillido mecánico. Demasiado rápido. Disparada la línea, Nick no la pudo frenar; elevándose la nota del reel al escaparse la línea.

Con el centro del reel a la vista, su corazón se detuvo de emoción; apoyándose en la corriente que subía gélidamente por sus muslos, Nick apretó su pulgar izquierdo fuerte. Era incómodo poner su pulgar dentro de la caja del reel.

Al ejercer presión la línea se tensó con repentina tenacidad y más allá de los troncos una trucha enorme salió del agua. Al saltar, Mick bajó la punta de la caña. Sin embargo, al bajar la punta para disminuir la tracción, sintió el momento en que la tracción fue demasiado formidable; la tenacidad demasiado tensa. Por supuesto, el sedal se había roto. No hubo duda alguna cuando la línea perdió toda elasticidad y se puso seca y dura. Luego se puso floja.

Con la boca seca y descorazonado, Nick recogió la línea. Nunca había visto una trucha tan grande. Al saltar tenía una pesadez, una fuerza imposible de sostener; además de su tamaño. Parecía tan ancha como un salmón.

A Nick le temblaba la mano. Recogió lentamente. La emoción había sido demasiado. Se sintió, vagamente, un poco mareado, como si fuera mejor sentarse.

El sedal se había roto en donde estaba atado el anzuelo. Nick lo agarró con la mano. Pensó en la trucha en algún lado del fondo, sosteniéndose quieta sobre la grava, lejos de la luz, debajo de los troncos, con el anzuelo en la mandíbula. Nick sabía que los dientes de la trucha cortarían el anzuelo. Se le incrustaría el anzuelo en la mandíbula. Él apostaría a que la trucha estaba enojada. Cualquier cosa de su tamaño estaría enojada. Esa sí que era una trucha. El anzuelo le había entrado duro. Duro como roca. Parecía de roca también, antes de escaparse. Por Dios, sí que era grande. Por Dios, la más grande de la que haya oído.

Nick trepó hasta el prado y se quedó parado con el agua chorreándole de los pantalones, de las botas, botas chapoteantes. Se volvió y se sentó sobre unos troncos. No quería precipitar sus sensaciones en lo más mínimo.

Retorcó los dedos de los pies en el agua, dentro de las botas, y sacó un cigarrillo de un bolsillo delantero. Lo encendió y tiró el fósforo a las aguas rápidas debajo de los troncos. Al ser revolcado por la corriente rápida, una trucha diminuta saltó hacia el fósforo. Nick se rió. Terminaría el cigarrillo.

Se sentó en los troncos, fumando, secándose al sol, el sol cálido en la espalda, el bajío por delante metiéndose en el bosque, curvándose hacia el bosque, los bajíos, la luz brillando, rocas grandes alisadas por el agua, cedros a lo largo de la orilla y abedules blancos, los troncos tibios al sol, suaves para sentarse, sin corteza, grises al tacto; lentamente el sentimiento de decepción lo abandonó. Desapareció lentamente ese sentimiento de decepción que surgió bruscamente tras la excitación que le hizo doler los hombros. Ya todo estaba bien. Con la caña sobre los troncos, Nick ató un anzuelo nuevo al sedal, tironeando de la tripa hasta dejarla tensa y apretada en un nudo fuerte.

Lo encarnó, luego levantó la caña y caminó hasta el extremo más alejado de los troncos para meterse en el agua, donde no fuera demasiado profunda. Debajo y más allá de los troncos había una

Literatura Norteamericana

hoya profunda. Nick rodeó el banco poco profundo cerca de la costa del pantano hasta que salió al lecho bajo del arroyo.

A la izquierda, donde terminaba el prado y comenzaba el bosque, un olmo formidable estaba desarraigado. Abatido en una tormenta, se recostaba en el bosque, con las raíces coaguladas de tierra, creciéndoles pasto, levantando toda una orilla junto al arroyo. El río se recortaba al borde del árbol desarraigado. Desde donde estaba Nick podía ver profundos canales, como surcos, cortados en el lecho bajo del arroyo por el flujo de la corriente. Pedregoso donde estaba él parado, y pedregoso y lleno de rocas grandes más allá; en donde se curvaba junto a las raíces del árbol, el lecho del arroyo era de marga y entre los surcos de agua profunda frondas de algas verdes se hamacaban en la corriente.

Nick agitó la caña hacía atrás por encima de su hombro y hacia delante, y la línea, arqueándose hacia delante, posó el saltamontes en uno de los canales profundos entre las algas. Una trucha picó y Nick la atrapó con el anzuelo.

Sosteniendo la caña extendida hacia el árbol desarraigado y chapoteando hacia atrás en medio de la corriente, Nick manipuló la trucha, que se zambullía, la caña arqueándose viva, para alejarse del peligro de las algas hacia el río abierto. Sosteniendo la caña, chapoteando vital contra la corriente, Nick fue trayendo la trucha. Arremetía, pero siempre reculando, el resorte de la caña cedía a las embestidas, tironeando a veces debajo del agua, pero siempre atrayendo a la trucha. Nick alivió las arremetidas siguiéndolas corriente abajo. Con la caña por encima de la cabeza guió la trucha hacia la red, luego la levantó.

La trucha colgaba pesada en la red, lomo moteado de trucha y costados plateados entre la malla. Nick le sacó el anzuelo; costados pesados, fáciles de agarrar, mandíbula grande, y la dejó caer, boqueante y resbaladiza, en la larga bolsa que colgaba de sus hombros hasta el agua.

Nick extendió la abertura de la bolsa a la corriente y se llenó, pesada de agua. La sostuvo levantada, el fondo en el arroyo, y el agua se derramaba por los costados. En el interior al fondo estaba la gran trucha, viva en el agua.

Nick se dirigió aguas abajo. La bolsa delante suyo, hundida, pesada en el agua, tironeando de sus hombros.

Se estaba poniendo caluroso, el sol caliente en la nuca.

Nick tenía una buena trucha. No le interesaba pescar muchas truchas. Ahora el arroyo era bajo y ancho. Había árboles a lo largo de ambas orillas. Al sol del mediodía los árboles de la orilla izquierda daban una leve sombra sobre la corriente. Nick sabía que había truchas debajo de cada sombra. Por la tarde, luego de que el sol hubiera cruzado las colinas, las truchas se encontrarían en las sombras frescas del otro lado del arroyo.

Las muy muy grandes se ubicarían cerca de la orilla. Siempre se las podía pescar en el Negro. Cuando el sol estaba bajo, todas salían a la corriente. Justo cuando el sol antes de ocultarse volvía el agua ennegrecida en su resplandor, se podía atrapar una trucha grande en cualquier lugar de la corriente. Era casi imposible pescar en ese momento, la superficie del agua ennegrecía como un espejo al sol. Por supuesto, se podía pescar aguas arriba, pero en un arroyo como el Negro, o éste, había que revolcarse en la corriente y hacia un lugar profundo, con el agua amontonada sobre uno. No era divertido pescar aguas arriba con tanta corriente.

Nick siguió a lo largo del bajío mirando las orillas por si había pozos profundos. Un haya crecía cerca del río de modo que las ramas colgaban tocando el agua. El arroyo retrocedía bajo sus hojas. En un lugar como ése siempre había truchas.

A Nick no le interesaba pescar en esa hoya. Estaba seguro de que el anzuelo se engancharía en las ramas.

Literatura Norteamericana

Sin embargo, parecía profundo. Arrojó el saltamontes para que la corriente lo arrastrara bajo el agua, de nuevo debajo del ramaje colgante. La línea pegó un tirón y Nick le dio la sacudida. La trucha se agitó pesada, a medias fuera del agua entre las hojas y las ramas. La línea se enredó. Nick pegó un tirón fuerte y la trucha se soltó. Recogió la línea y sosteniendo el anzuelo con una mano, caminó aguas abajo.

Delante, cerca de la orilla izquierda, había un tronco grande. Nick vio que estaba hueco; apuntando hacia el río la corriente lo atravesaba despacio, sólo una olita rebotaba a cada lado del tronco. El agua se ponía más profunda. La cima del tronco hueco era gris y estaba seca. Estaba en parte a la sombra.

Nick extrajo el corcho de la botella de saltamontes y un saltamontes agarrado a él. Lo levantó, lo encarnó y lo arrojó al agua. Sostenía la caña extendida para que el saltamontes en el agua se dirigiera hacia la corriente que fluía a través del tronco hueco. Nick bajó la caña y el saltamontes entró flotando. Hubo un pesado golpe. Nick sacudió la caña en sentido contrario al tirón. Parecía como si se hubiera enganchado en el tronco mismo, excepto por la sensación de algo vivo.

Trató de obligar al pez a moverse hacia la corriente. Éste lo hizo, con pesadez.

La línea se aflojó y Nick pensó que la trucha se había soltado. Luego la vio, muy cerca, en la corriente, sacudiendo la cabeza, tratando de desprenderse el anzuelo. Tenía la boca completamente cerrada. Estaba luchando contra el anzuelo en la corriente que fluía clara.

Enrollándose la línea en la mano izquierda, Nick sacudió la caña para hacer que la línea se tensara y trató de llevar la trucha hacia la red, pero estaba fuera de su vista, tirando de la línea. Nick luchó con ella a contracorriente, dejándola darse golpes sordos en el agua contra el resorte de la caña. Se pasó la caña a la mano izquierda, fue llevando la trucha aguas arriba, soportándole el peso, luchando con la caña, y luego dejó que se metiera en la red. La levantó del agua, un pesado semicírculo en la red, la red chorreando, le sacó el anzuelo y la deslizó a la bolsa.

Extendió la abertura de la bolsa y miró dentro las dos truchas grandes vivas en el agua.

Vadeó las aguas cada vez más profundas hasta el tronco hueco. Se sacó la bolsa por encima de la cabeza, las truchas se sacudían al salir del agua, y la colgó para que las truchas quedaran bien profundo en el agua. Luego se impulsó y se sentó sobre el tronco, con el agua chorreándole de los pantalones y las botas al arroyo. Apoyó la caña, se movió hasta el extremo umbrío del tronco y sacó los sandwiches del bolsillo. Hundió los sandwiches en el agua fría. La corriente se llevó las migas. Se comió los sandwiches y llenó el sombrero de agua para beber, el agua se filtraba a través del sombrero antes de que bebiera.

Estaba fresco a la sombra, sentado sobre el tronco. Sacó un cigarrillo y prendió un fósforo para encenderlo. El fósforo se hundió en la madera gris, produciendo un pequeño surco. Nick se recostó sobre el tronco, encontró una zona áspera y encendió el fósforo. Se sentó a fumar y mirar el río.

Delante, el río se angostaba y se convertía en un pantano. El río se hacía manso y profundo y el pantano parecía macizo donde había cedros, de troncos muy juntos, y macizas ramas. No sería posible cruzar caminando un pantano como ése. Las ramas crecían muy bajas. Uno debía agacharse casi a nivel del suelo para moverse en él. No se podían atravesar quebrando las ramas. Esa debía ser la razón por la cual los animales que viven en los pantanos están conformados de esa manera, pensó Nick.

Deseó haberse traído algo para leer. Le gustaba leer. No tenía ganas de meterse en el pantano. Miró río abajo. Un cedro grande se inclinaba en el arroyo casi hasta quedar atravesado. Más allá el río entraba en el pantano.

Nick no quería ir allí ahora. Se resistía a vadear en lo profundo con el agua hasta las axilas, y pescar truchas grandes en lugares donde era imposible sacarlas. En el pantano las orillas estaban desnudas, los cedros grandes se juntaban arriba, el sol no llegaba, excepto en algunas partes; en las

Literatura Norteamericana

aguas rápidas y profundas, a media luz, la pesca resultaría trágica. En el pantano la pesca era una aventura trágica. Nick no quería eso. Por hoy, ya no quería ir aguas abajo.

Sacó el cuchillo, lo abrió y lo clavó en el tronco. Luego levantó la bolsa, metió la mano y extrajo una trucha. Agarrándola cerca de la cola, difícil de agarrar con las manos, viva, la aporreó contra el tronco. La trucha tembló, rígida. Nick la dejó sobre el tronco a la sombra y rompió el cuello del otro pescado de la misma manera. Los dejó lado a lado sobre el tronco. Eran unas excelentes truchas.

Nick las limpió, haciéndoles un tajo desde el vientre hasta la punta de la mandíbula. Las entrañas, las agallas y la lengua salieron todas de una pieza. Ambas eran machos; largas franjas blanco grisáceo de glándulas reproductoras, suaves y limpias. Todas las entrañas limpias y macizas, saliendo juntas. Nick lanzó los menudos a la costa para que los visones los encontraran.

Lavó las truchas en el arroyo. Al levantarlas del agua parecían peces vivos. Todavía no se les había ido el color. Se lavó las manos y se las secó en el tronco. Luego puso las truchas sobre la bolsa extendida por el tronco, las enrolló con ella, hizo un atado y lo puso en la red. El cuchillo permanecía enhiesto, clavada la hoja al tronco. Lo limpió contra la madera y se lo puso en el bolsillo.

Nick se puso de pie sobre el tronco, sosteniendo la caña, colgándole la red pesada, luego se metió en el agua y chapoteó hasta la costa. Subió la orilla y cortó a través del bosque hacia terreno más alto. Se dirigía al campamento. Se dio vuelta a mirar. El río apenas se veía a través de los árboles. Pasarían todavía muchos días antes de que pudiera pescar en el pantano.

Big Two-Hearted River

In Our Time

Chapter XIV

Maera lay still, his head on his arms, his face in the sand. He felt warm and sticky from the bleeding. Each time he felt the horn coming. Sometimes the bull only bumped him with his head. Once the horn went all the way through him and he felt it go into the sand. Someone had the bull by the tail. They were swearing at him and flopping the cape in his face. Then the bull was gone. Some men picked Maera up and started to run with him toward the barriers through the gate out the passage way around under the grandstand to the infirmary. They laid Maera down on a cot and one of the men went for the doctor. The doctor came running from the corral, where he had been sewing up picador horses. He had to stop and wash his hands. There was a great shouting going on in the grandstand overhead. Maera wanted to say something and found he could not talk. Maera felt everything getting larger and larger and then smaller and smaller. Then it got larger and larger and larger and then smaller and smaller. Then everything commenced to run faster and faster as when they speed up a cinematograph film. Then he was dead.

Big Two-Hearted River Part I

The train went on up the track out of sight, around one of the hills of burnt timber. Nick sat down on the bundle of canvas and bedding the baggage man had pitched out of the door of the baggage car. There was no town, nothing but the rails and the burned-over country. The thirteen saloons that had lined the one street of Seney had not left a trace. The foundations of the Mansion House hotel stuck up above the ground. The stone was chipped and split by the fire. It was all that was left of the town of Seney. Even the surface had been burned off the ground.

Nick looked at the burned-over stretch of hillside, where he had expected to find the scattered houses of the town and then walked down the railroad track to the bridge over the river. The river was there. It swirled against the log spiles of the bridge. Nick looked down into the clear, brown water, colored from the pebbly bottom, and watched the trout keeping themselves steady in the current with wavering fins. As he watched them they changed their positions by quick angles, only to hold steady in the fast water again. Nick watched them a long time.

He watched them holding themselves with their noses into the current, many trout in deep, fast moving water, slightly distorted as he watched far down through the glassy convex surface of the pool, its surface pushing and swelling smooth against the resistance of the log-driven piles of the bridge. At the bottom of the pool were the big trout. Nick did not see them at first. Then he saw them at the bottom of the pool, big trout looking to hold themselves on the gravel bottom in a varying mist of gravel and sand, raised in spurts by the current.

Nick looked down into the pool from the bridge. It was a hot day. A kingfisher flew up the stream. It was a long time since Nick had looked into a stream and seen trout. They were very satisfactory. As the shadow of the king-fisher moved up the stream, a big trout shot upstream in a long angle, only his shadow marking the angle, then lost his shadow as he came through the surface of the water, caught the sun, and then, as he went back into the stream under the surface, his shadow seemed to float down the stream with the current, unresisting, to his post under the bridge where he tightened facing up into the current.

Nick's heart tightened as the trout moved. He felt all the old feeling.

He turned and looked down the stream. It stretched away, pebbly-bottomed with shallows and big boulders and a deep pool as it curved away around the foot of a bluff.

Literatura Norteamericana

Nick walked back up the ties to where his pack lay in the cinders beside the railway track. He was happy. He adjusted the pack harness around the bundle, pulling straps tight, slung the pack on his back, got his arms through the shoulder straps and took some of the pull off his shoulders by leaning his forehead against the wide band of the tumpline. Still, it was too heavy. It was much too heavy. He had his leather rod-case in his hand and leaning forward to keep the weight of the pack high on his shoulders he walked along the road that paralleled the railway track, leaving the burned town behind in the heat, and then turned off around a hill with a high, fire-scarred hill on either side onto a road that went back into the country. He walked along the road feeling the ache from the pull of the heavy pack. The road climbed steadily. It was hard work walking up-hill. His muscles ached and the day was hot, but Nick felt happy. He felt he had left everything behind, the need for thinking, the need to write, other needs. It was all back of him.

From the time he had gotten down off the train and the baggage man had thrown his pack out of the open car door things had been different. Seney was burned, the country was burned over and changed, but it did not matter. It could not all be burned. He knew that. He hiked along the road, sweating in the sun, climbing to cross the range of hills that separated the railway from the pine plains.

The road ran on, dipping occasionally, but always climbing. Nick went on up. Finally the road after going parallel to the burnt hillside reached the top. Nick leaned back against a stump and slipped out of the pack harness. Ahead of him, as far as he could see, was the pine plain. The burned country stopped off at the left with the range of hills. On ahead islands of dark pine trees rose out of the plain. Far off to the left was the line of the river. Nick followed it with his eye and caught glints of the water in the sun.

There was nothing but the pine plain ahead of him, until the far blue hills that marked the Lake Superior height of land. He could hardly see them, faint and far away in the heat-light over the plain. If he looked too steadily they were gone. But if he only half-looked they were there, the far off hills of the height of land.

Nick sat down against the charred stump and smoked a cigarette. His pack balanced on the top of the stump, harness holding ready, a hollow molded in it from his back. Nick sat smoking, looking out over the country. He did not need to get his map out. He knew where he was from the position of the river.

As he smoked, his legs stretched out in front of him, he noticed a grasshopper walk along the ground and up onto his woolen sock. The grasshopper was black. As he had walked along the road, climbing, he had started many grasshoppers from the dust. They were all black. They were not the big grasshoppers with yellow and black or red and black wings whirring out from their black wing sheathing as they fly up. These were just ordinary hoppers, but all a sooty black in color. Nick had wondered about them as he walked, without really thinking about them. Now, as he watched the black hopper that was nibbling at the wool of his sock with its fourway lip, he realized that they had all turned black from living in the burned-over land. He realized that the fire must have come the year before, but the grasshoppers were all black now. He wondered how long they would stay that way.

Carefully he reached his hand down and took hold of the hopper by the wings. He turned him up, all his legs walking in the air, and looked at his jointed belly. Yes, it was black too, iridescent where the back and head were dusty.

“Go on, hopper,” Nick said, speaking out loud for the first time, “Fly away somewhere.”

He tossed the grasshopper up into the air and watched him sail away to a charcoal stump across the road.

Nick stood up. He leaned his back against the weight of his pack where it rested upright on the stump and got his arms through the shoulder straps. He stood with the pack on his back on the

Literatura Norteamericana

brow of the hill looking out across the country, toward the distant river and then struck down the hillside away from the road. Underfoot the ground was good walking. Two hundred yards down the hillside the fire line stopped. Then it was sweet fern, growing ankle high, to walk through, and clumps of jack pines; a long undulating country with frequent rises and descents, sandy underfoot and the country alive again.

Nick kept his direction by the sun. He knew where he wanted to strike the river and he kept on through the pine plain, mounting small rises to see other rises ahead of him and sometimes from the top of a rise a great solid island of pines off to his right or his left. He broke off some sprigs of the heathery sweet fern, and put them under his pack straps. The chafing crushed it and he smelled it as he walked.

He was tired and very hot, walking across the uneven, shadeless pine plain. At any time he knew he could strike the river by turning off to his left. It could not be more than a mile away. But he kept on toward the north to hit the river as far upstream as he could go in one day's walking.

For some time as he walked Nick had been in sight of one of the big islands of pine standing out above the rolling high ground he was crossing. He dipped down and then as he came slowly up to the crest of the ridge he turned and made toward the pine trees.

There was no underbrush in the island of pine trees. The trunks of the trees went straight up or slanted toward each other. The trunks were straight and brown without branches. The branches were high above. Some interlocked to make a solid shadow on the brown forest floor. Around the grove of trees was a bare space. It was brown and soft underfoot as Nick walked on it. This was the over-lapping of the pine needle floor, extending out beyond the width of the high branches. The trees had grown tall and the branches moved high, leaving in the sun this bare space they had once covered with shadow. Sharp at the edge of this extension of the forest floor commenced the sweet fern.

Nick slipped off his pack and lay down in the shade. He lay on his back and looked up into the pine trees. His neck and back and the small of his back rested as he stretched. The earth felt good against his back. He looked up at the sky, through the branches, and then shut his eyes. He opened them and looked up again. There was a wind high up in the branches. He shut his eyes again and went to sleep.

Nick woke stiff and cramped. The sun was nearly down. His pack was heavy and the straps painful as he lifted it on. He leaned over with the pack on and picked up the leather rod-case and started out from the pine trees across the sweet fern swale, toward the river. He knew it could not be more than a mile.

He came down a hillside covered with stumps into a meadow. At the edge of the meadow flowed the river. Nick was glad to get to the river. He walked upstream through the meadow. His trousers were soaked with the dew as he walked. After the hot day, the dew had come quickly and heavily. The river made no sound. It was too fast and smooth. At the edge of the meadow, before he mounted to a piece of high ground to make camp, Nick looked down the river at the trout rising. They were rising to insects come from the swamp on the other side of the stream when the sun went down. The trout jumped out of water to take them. While Nick walked through the little stretch of meadow alongside the stream, trout had jumped high out of water. Now as he looked down the river, the insects must be settling on the surface, for the trout were feeding steadily all down the stream. As far down the long stretch as he could see, the trout were rising, making circles all down the surface of the water, as though it were starting to rain.

The ground rose, wooded and sandy, to overlook the meadow, the stretch of river and the swamp. Nick dropped his pack and rod-case and looked for a level piece of ground. He was very hungry and he wanted to make his camp before he cooked. Between two jack pines, the ground was quite level. He took the ax out of the pack and chopped out two projecting roots. That leveled a piece of ground large enough to sleep on. He smoothed out the sandy soil with his hand and pulled

Literatura Norteamericana

all the sweet fern bushes by their roots. His hands smelled good from the sweet fern. He smoothed the uprooted earth. He did not want anything making lumps under the blankets. When he had the ground smooth, he spread his three blankets. One he folded double, next to the ground. The other two he spread on top.

With the ax he slit off a bright slab of pine from one of the stumps and split it into pegs for the tent. He wanted them long and solid to hold in the ground. With the tent unpacked and spread on the ground, the pack, leaning against a jackpine, looked much smaller. Nick tied the rope that served the tent for a ridge-pole to the trunk of one of the pine trees and pulled the tent up off the ground with the other end of the rope and tied it to the other pine. The tent hung on the rope like a canvas blanket on a clothes line. Nick poked a pole he had cut up under the back peak of the canvas and then made it a tent by pegging out the sides. He pegged the sides out taut and drove the pegs deep, hitting them down into the ground with the flat of the ax until the rope loops were buried and the canvas was drum tight.

Across the open mouth of the tent Nick fixed cheese cloth to keep out mosquitoes. He crawled inside under the mosquito bar with various things from the pack to put at the head of the bed under the slant of the canvas. Inside the tent the light came through the brown canvas. It smelled pleasantly of canvas. Already there was something mysterious and homelike. Nick was happy as he crawled inside the tent. He had not been unhappy all day. This was different though. Now things were done. There had been this to do. Now it was done. It had been a hard trip. He was very tired. That was done. He had made his camp. He was settled. Nothing could touch him. It was a good place to camp. He was there, in the good place. He was in his home where he had made it. Now he was hungry.

He came out, crawling under the cheese cloth. It was quite dark outside. It was lighter in the tent.

Nick went over to the pack and found, with his fingers, a long nail in a paper sack of nails, in the bottom of the pack. He drove it into the pine tree, holding it close and hitting it gently with the flat of the ax. He hung the pack up on the nail. All his supplies were in the pack. They were off the ground and sheltered now.

Nick was hungry. He did not believe he had ever been hungrier. He opened and emptied a can of pork and beans and a can of spaghetti into the frying pan.

"I've got a right to eat this kind of stuff, if I'm willing to carry it," Nick said. His voice sounded strange in the darkening woods. He did not speak again.

He started a fire with some chunks of pine he got with the ax from a stump. Over the fire he stuck a wire grill, pushing the four legs down into the ground with his boot. Nick put the frying pan on the grill over the flames. He was hungrier. The beans and spaghetti warmed. Nick stirred them and mixed them together. They began to bubble, making little bubbles that rose with difficulty to the surface. There was a good smell. Nick got out a bottle of tomato catchup and cut four slices of bread. The little bubbles were coming faster now. Nick sat down beside the fire and lifted the frying pan off. He poured about half the contents out into the tin plate. It spread slowly on the plate. Nick knew it was too hot. He poured on some tomato catchup. He knew the beans and spaghetti were still too hot. He looked at the fire, then at the tent, he was not going to spoil it all by burning his tongue. For years he had never enjoyed fried bananas because he had never been able to wait for them to cool. His tongue was very sensitive. He was very hungry. Across the river in the swamp, in the almost dark, he saw a mist rising. He looked at the tent once more. All right. He took a full spoonful from the plate.

"Chrise," Nick said, "Geezus Chrise," he said happily.

He ate the whole plateful before he remembered the bread. Nick finished the second plateful with the bread, mopping the plate shiny. He had not eaten since a cup of coffee and a ham sandwich

Literatura Norteamericana

in the station restaurant at St. Ignace. It had been a very fine experience. He had been that hungry before, but had not been able to satisfy it. He could have made camp hours before if he had wanted to. There were plenty of good places to camp on the river. But this was good.

Nick tucked two big chips of pine under the grill. The fire flared up. He had forgotten to get water for the coffee. Out of the pack he got a folding canvas bucket and walked down the hill, across the edge of the meadow, to the stream. The other bank was in the white mist. The grass was wet and cold as he knelt on the bank and dipped the canvas bucket into the stream. It bellied and pulled hard in the current. The water was ice cold. Nick rinsed the bucket and carried it full up to the camp. Up away from the stream it was not so cold.

Nick drove another big nail and hung up the bucket full of water. He dipped the coffee pot half full, put some more chips under the grill onto the fire and put the pot on. He could not remember which way he made coffee. He could remember an argument about it with Hopkins, but not which side he had taken. He decided to bring it to a boil. He remembered now that was Hopkins's way. He had once argued about everything with Hopkins. While he waited for the coffee to boil, he opened a small can of apricots. He liked to open cans. He emptied the can of apricots out into a tin cup. While he watched the coffee on the fire, he drank the juice syrup of the apricots, carefully at first to keep from spilling, then meditatively, sucking the apricots down. They were better than fresh apricots.

The coffee boiled as he watched. The lid came up and coffee and grounds ran down the side of the pot. Nick took it off the grill. It was a triumph for Hopkins. He put sugar in the empty apricot cup and poured some of the coffee out to cool. It was too hot to pour and he used his hat to hold the handle of the coffee pot. He would not let it steep in the pot at all. Not the first cup. It should be straight Hopkins all the way. Hop deserved that. He was a very serious coffee maker. He was the most serious man Nick had ever known. Not heavy, serious. That was a longtime ago. Hopkins spoke without moving his lips. He had played polo. He made millions of dollars in Texas. He had borrowed carfare to go to Chicago, when the wire came that his first big well had come in. He could have wired for money. That would have been too slow. They called Hop's girl the Blonde Venus. Hop did not mind because she was not his real girl. Hopkins said very confidently that none of them would make fun of his real girl. He was right. Hopkins went away when the telegram came. That was on the Black River. It took eight days for the telegram to reach him. Hopkins gave away his .22 caliber Colt automatic pistol to Nick. He gave his camera to Bill. It was to remember him always by. They were all going fishing again next summer. The Hop Head was rich. He would get a yacht and they would all cruise along the north shore of Lake Superior. He was excited but serious. They said good-bye and all felt bad. It broke up the trip. They never saw Hopkins again. That was a long time ago on the Black River.

Nick drank the coffee, the coffee according to Hopkins. The coffee was bitter. Nick laughed. It made a good ending to the story. His mind was starting to work. He knew he could choke it because he was tired enough. He spilled the coffee out of the pot and shook the grounds loose into the fire. He lit a cigarette and went inside the tent. He took off his shoes and trousers, sitting on the blankets, rolled the shoes up inside the trousers for a pillow and got in between the blankets.

Out through the front of the tent he watched the glow of the fire, when the night wind blew on it. It was a quiet night. The swamp was perfectly quiet. Nick stretched under the blanket comfortably. A mosquito hummed close to his ear. Nick sat up and lit a match. The mosquito was on the canvas, over his head. Nick moved the match quickly up to it. The mosquito made a satisfactory hiss in the flame. The match went out. Nick lay down again under the blankets. He turned on his side and shut his eyes. He was sleepy. He felt sleep coming. He curled up under the blanket and went to sleep.

Literatura Norteamericana

Chapter XV

They hanged Sam Cardinella at six o'clock in the morning in the corridor of the county jail. The corridor was high and narrow with tiers of cells on either side. All the cells were occupied. The prisoners had been brought in for the hanging. Five men sentenced to be hanged were in the five top cells. Three of the men to be hanged were negroes. They were very frightened. One of the white men sat on his cot with his head in his hands. The other lay flat on his cot with a blanket wrapped around his head.

They came out onto the gallows through a door in the wall. There were six or seven of them including two priests. They were carrying Sam Cardinella. He had been like that since about four o'clock in the morning.

While they were strapping his legs together two guards held him up and the two priests were whispering to him. "Be a man, my son," said one priest. When they came toward him with the cap to go over his head Sam Cardinella lost control of his sphincter muscles. The guards who had been holding him up dropped him. They were both disgusted. "How about a chair, Will?" asked one of the guards. "Better get one," said a man in a derby hat.

When they all stepped back on the scaffolding back of the drop, which was very heavy, built of oak and steel and swung on ball bearings, Sam Cardinella was left sitting there strapped tight with the rope around his neck, the younger of the two priests kneeling beside the chair holding up a little crucifix. The priest skipped back onto the scaffolding just before the drop fell.

Big Two-Hearted River Part II

In the morning the sun was up and the tent was starting to get hot. Nick crawled out under the mosquito netting stretched across the mouth of the tent, to look at the morning. The grass was wet on his hands as he came out. He held his trousers and his shoes in his hands. The sun was just up over the hill. There was the meadow, the river and the swamp. There were birch trees in the green of the swamp on the other side of the river.

The river was clear and smoothly fast in the early morning. Down about two hundred yards were three logs all the way across the stream. They made the water smooth and deep above them. As Nick watched, a mink crossed the river on the logs and went into the swamp. Nick was excited. He was excited by the early morning and the river. He was really too hurried to eat breakfast, but he knew he must. He built a little fire and put on the coffee pot. While the water was heating in the pot he took an empty bottle and went down over the edge of the high ground to the meadow. The meadow was wet with dew and Nick wanted to catch grasshoppers for bait before the sun dried the grass. He found plenty of good grasshoppers. They were at the base of the grass stems. Sometimes they clung to a grass stem. They were cold and wet with the dew, and could not jump until the sun warmed them. Nick picked them up, taking only the medium sized brown ones, and put them into the bottle. He turned over a log and just under the shelter of the edge were several hundred hoppers. It was a grasshopper lodging house. Nick put about fifty of the medium browns into the bottle. While he was picking up the hoppers the others warmed in the sun and commenced to hop away. They flew when they hopped. At first they made one flight and stayed stiff when they landed, as though they were dead.

Nick knew that by the time he was through with breakfast they would be as lively as ever. Without dew in the grass it would take him all day to catch a bottle full of good grasshoppers and he would have to crush many of them, slamming at them with his hat. He washed his hands at the stream. He was excited to be near it. Then he walked up to the tent. The hoppers were already jumping stiffly in the grass. In the bottle, warmed by the sun, they were jumping in a mass. Nick put in a pine stick as a cork. It plugged the mouth of the bottle enough, so the hoppers could not get out and left plenty of air passage.

He had rolled the log back and knew he could get grasshoppers there every morning.

Literatura Norteamericana

Nick laid the bottle full of jumping grasshoppers against a pine trunk. Rapidly he mixed some buckwheat flour with water and stirred it smooth, one cup of flour, one cup of water. He put a handful of coffee in the pot and dipped a lump of grease out of a can and slid it sputtering across the hot skillet. On the smoking skillet he poured smoothly the buckwheat batter. It spread like lava, the grease spitting sharply. Around the edges the buckwheat cake began to firm, then brown, then crisp. The surface was bubbling slowly to porousness. Nick pushed under the browned under surface with a fresh pine chip. He shook the skillet sideways and the cake was loose on the surface. I won't try and flop it, he thought. He slid the chip of clean wood all the way under the cake, and flopped it over onto its face. It sputtered in the pan.

When it was cooked Nick regreased the skillet. He used all the batter. It made another big flapjack and one smaller one.

Nick ate a big flapjack and a smaller one, covered with apple butter. He put apple butter on the third cake, folded it over twice, wrapped it in oiled paper and put it in his shirt pocket. He put the apple butter jar back in the pack and cut bread for two sandwiches.

In the pack he found a big onion. He sliced it in two and peeled the silky outer skin. Then he cut one half into slices and made onion sandwiches. He wrapped them in oiled paper and buttoned them in the other pocket of his khaki shirt. He turned the skillet upside down on the grill, drank the coffee, sweetened and yellow brown with the condensed milk in it, and tidied up the camp. It was a nice little camp.

Nick took his fly rod out of the leather rodcase, jointed it, and shoved the rod-case back into the tent. He put on the reel and threaded the line through the guides. He had to hold it from hand to hand, as he threaded it, or it would slip back through its own weight. It was a heavy, double tapered fly line. Nick had paid eight dollars for it a long time ago. It was made heavy to lift back in the air and come forward flat and heavy and straight to make it possible to cast a fly which has no weight. Nick opened the aluminum leader box. The leaders were coiled between the damp flannel pads. Nick had wet the pads at the water cooler on the train up to St. Ignace. In the damp pads the gut leaders had softened and Nick unrolled one and tied it by a loop at the end to the heavy fly line. He fastened a hook on the end of the leader. It was a small hook; very thin and springy.

Nick took it from his hook book, sitting with the rod across his lap. He tested the knot and the spring of the rod by pulling the line taut. It was a good feeling. He was careful not to let the hook bite into his finger.

He started down to the stream, holding his rod, the bottle of grasshoppers hung from his neck by a thong tied in half hitches around the neck of the bottle. His landing net hung by a hook from his belt. Over his shoulder was a long flour sack tied at each corner into an ear. The cord went over his shoulder. The sack flapped against his legs.

Nick felt awkward and professionally happy with all his equipment hanging from him. The grasshopper bottle swung against his chest. In his shirt the breast pockets bulged against him with the lunch and his fly book.

He stepped into the stream. It was a shock. His trousers clung tight to his legs. His shoes felt the gravel. The water was a rising cold shock.

Rushing, the current sucked against his legs. Where he stepped in, the water was over his knees. He waded with the current. The gravel slid under his shoes. He looked down at the swirl of water below each leg and tipped up the bottle to get a grasshopper.

The first grasshopper gave a jump in the neck of the bottle and went out into the water. He was sucked under in the whirl by Nick's right leg and came to the surface a little way down stream. He floated rapidly, kicking. In a quick circle, breaking the smooth surface of the water, he disappeared. A trout had taken him.

Literatura Norteamericana

Another hopper poked his head out of the bottle. His antennæ wavered. He was getting his front legs out of the bottle to jump. Nick took him by the head and held him while he threaded the slim hook under his chin, down through his thorax and into the last segments of his abdomen. The grasshopper took hold of the hook with his front feet, spitting tobacco juice on it. Nick dropped him into the water.

Holding the rod in his right hand he let out line against the pull of the grasshopper in the current. He stripped off line from the reel with his left hand and let it run free. He could see the hopper in the little waves of the current. It went out of sight.

There was a tug on the line. Nick pulled against the taut line. It was his first strike. Holding the now living rod across the current, he brought in the line with his left hand. The rod bent in jerks, the trout pumping against the current. Nick knew it was a small one. He lifted the rod straight up in the air. It bowed with the pull.

He saw the trout in the water jerking with his head and body against the shifting tangent of the line in the stream.

Nick took the line in his left hand and pulled the trout, thumping tiredly against the current, to the surface. His back was mottled the clear, water-over-gravel color, his side flashing in the sun. The rod under his right arm, Nick stooped, dipping his right hand into the current. He held the trout, never still, with his moist right hand, while he unhooked the barb from his mouth, then dropped him back into the stream.

He hung unsteadily in the current, then settled to the bottom beside a stone. Nick reached down his hand to touch him, his arm to the elbow under water. The trout was steady in the moving stream, resting on the gravel, beside a stone. As Nick's fingers touched him, touched his smooth, cool, underwater feeling he was gone, gone in a shadow across the bottom of the stream.

He's all right, Nick thought. He was only tired.

He had wet his hand before he touched the trout, so he would not disturb the delicate mucus that covered him. If a trout was touched with a dry hand, a white fungus attacked the unprotected spot. Years before when he had fished crowded streams, with fly fishermen ahead of him and behind him, Nick had again and again come on dead trout, furry with white fungus, drifted against a rock, or floating belly up in some pool. Nick did not like to fish with other men on the river. Unless they were of your party, they spoiled it.

He wallowed down the stream, above his knees in the current, through the fifty yards of shallow water above the pile of logs that crossed the stream. He did not rebait his hook and held it in his hand as he waded. He was certain he could catch small trout in the shallows, but he did not want them. There would be no big trout in the shallows this time of day.

Now the water deepened up his thighs sharply and coldly. Ahead was the smooth dammed-back flood of water above the logs. The water was smooth and dark; on the left, the lower edge of the meadow; on the right the swamp.

Nick leaned back against the current and took a hopper from the bottle. He threaded the hopper on the hook and spat on him for good luck. Then he pulled several yards of line from the reel and tossed the hopper out ahead onto the fast, dark water. It floated down towards the logs, then the weight of the line pulled the bait under the surface. Nick held the rod in his right hand, letting the line run out through his fingers.

There was a long tug. Nick struck and the rod came alive and dangerous, bent double, the line tightening, coming out of water, tightening, all in a heavy, dangerous, steady pull. Nick felt the moment when the leader would break if the strain increased and let the line go.

The reel ratcheted into a mechanical shriek as the line went out in a rush. Too fast. Nick could not check it, the line rushing out, the reel note rising as the line ran out.

Literatura Norteamericana

With the core of the reel showing, his heart feeling stopped with the excitement, leaning back against the current that mounted icily his thighs, Nick thumbed the reel hard with his left hand. It was awkward getting his thumb inside the fly reel frame.

As he put on pressure the line tightened into sudden hardness and beyond the logs a huge trout went high out of water. As he jumped, Nick lowered the tip of the rod. But he felt, as he dropped the tip to ease the strain, the moment when the strain was too great; the hardness too tight. Of course, the leader had broken. There was no mistaking the feeling when all spring left the line and it became dry and hard. Then it went slack.

His mouth dry, his heart down, Nick reeled in. He had never seen so big a trout. There was a heaviness, a power not to be held, and then the bulk of him, as he jumped. He looked as broad as a salmon.

Nick's hand was shaky. He reeled in slowly. The thrill had been too much. He felt, vaguely, a little sick, as though it would be better to sit down.

The leader had broken where the hook was tied to it. Nick took it in his hand. He thought of the trout somewhere on the bottom, holding himself steady over the gravel, far down below the light, under the logs, with the hook in his jaw. Nick knew the trout's teeth would cut through the snell of the hook. The hook would imbed itself in his jaw. He'd bet the trout was angry. Anything that size would be angry. That was a trout. He had been solidly hooked. Solid as a rock. He felt like a rock, too, before he started off. By God, he was a big one. By God, he was the biggest one I ever heard of.

Nick climbed out onto the meadow and stood water running down his trousers and out of his shoes, his shoes squalchy. He went over and sat on the logs. He did not want to rush his sensations any.

He wriggled his toes in the water, in his shoes, and got out a cigarette from his breast pocket. He lit it and tossed the match into the fast water below the logs. A tiny trout rose at the match, as it swung around in the fast current. Nick laughed. He would finish the cigarette.

He sat on the logs, smoking, drying in the sun, the sun warm on his back, the river shallow ahead entering the woods, curving into the woods, shallows, light glittering, big water-smooth rocks, cedars along the bank and white birches, the logs warm in the sun, smooth to sit on, without bark, gray to the touch; slowly the feeling of disappointment left him. It went away slowly, the feeling of disappointment that came sharply after the thrill that made his shoulders ache. It was all right now. His rod lying out on the logs, Nick tied a new hook on the leader, pulling the gut tight until it grimped into itself in a hard knot.

He baited up, then picked up the rod and walked to the far end of the logs to get into the water, where it was not too deep. Under and beyond the logs was a deep pool. Nick walked around the shallow shelf near the swamp shore until he came out on the shallow bed of the stream.

On the left, where the meadow ended and the woods began, a great elm tree was uprooted. Gone over in a storm, it lay back into the woods, its roots clotted with dirt, grass growing in them, rising a solid bank beside the stream. The river cut to the edge of the uprooted tree. From where Nick stood he could see deep channels, like ruts, cut in the shallow bed of the stream by the flow of the current. Pebbly where he stood and pebbly and full of boulders beyond; where it curved near the tree roots, the bed of the stream was marly and between the ruts of deep water green weed fronds swung in the current.

Nick swung the rod back over his shoulder and forward, and the line, curving forward, laid the grasshopper down on one of the deep channels in the weeds. A trout struck and Nick hooked him.

Holding the rod far out toward the uprooted tree and sloshing backward in the current, Nick worked the trout, plunging, the rod bending alive, out of the danger of the weeds into the open river.

Literatura Norteamericana

Holding the rod, pumping alive against the current, Nick brought the trout in. He rushed, but always came, the spring of the rod yielding to the rushes, sometimes jerking under water, but always bringing him in. Nick eased downstream with the rushes. The rod above his head he led the trout over the net, then lifted.

The trout hung heavy in the net, mottled trout back and silver sides in the meshes. Nick unhooked him; heavy sides, good to hold, big undershot jaw, and slipped him, heaving and big sliding, into the long sack that hung from his shoulders in the water.

Nick spread the mouth of the sack against the current and it filled, heavy with water. He held it up, the bottom in the stream, and the water poured out through the sides. Inside at the bottom was the big trout, alive in the water.

Nick moved downstream. The sack out ahead of him, sunk, heavy in the water, pulling from his shoulders.

It was getting hot, the sun hot on the back of his neck.

Nick had one good trout. He did not care about getting many trout. Now the stream was shallow and wide. There were trees along both banks. The trees of the left bank made short shadows on the current in the forenoon sun. Nick knew there were trout in each shadow. In the afternoon, after the sun had crossed toward the hills, the trout would be in the cool shadows on the other side of the stream.

The very biggest ones would lie up close to the bank. You could always pick them up there on the Black. When the sun was down they all moved out into the current. Just when the sun made the water blinding in the glare before it went down, you were liable to strike a big trout anywhere in the current. It was almost impossible to fish then, the surface of the water was blinding as a mirror in the sun. Of course, you could fish upstream, but in a stream like the Black, or this, you had to wallow against the current and in a deep place, the water piled up on you. It was no fun to fish upstream with this much current.

Nick moved along through the shallow stretch watching the banks for deep holes. A beech tree grew close beside the river, so that the branches hung down into the water. The stream went back in under the leaves. There were always trout in a place like that.

Nick did not care about fishing that hole. He was sure he would get hooked in the branches.

It looked deep though. He dropped the grass-hopper so the current took it under water, back in under the overhanging branch. The line pulled hard and Nick struck. The trout thrashed heavily, half out of water in the leaves and branches. The line was caught. Nick pulled hard and the trout was off. He reeled in and holding the hook in his hand, walked down the stream.

Ahead, close to the left bank, was a big log. Nick saw it was hollow; pointing up river the current entered it smoothly, only a little ripple spread each side of the log. The water was deepening. The top of the hollow log was gray and dry. It was partly in the shadow.

Nick took the cork out of the grasshopper bottle and a hopper clung to it. He picked him off, hooked him and tossed him out. He held the rod far out so that the hopper on the water moved into the current flowing into the hollow log. Nick lowered the rod and the hopper floated in. There was a heavy strike. Nick swung the rod against the pull. It felt as though he were hooked into the log itself, except for the live feeling.

He tried to force the fish out into the current. It came, heavily.

The line went slack and Nick thought the trout was gone. Then he saw him, very near, in the current, shaking his head, trying to get the hook out. His mouth was clamped shut. He was fighting the hook in the clear flowing current.

Literatura Norteamericana

Looping in the line with his left hand, Nick swung the rod to make the line taut and tried to lead the trout toward the net, but he was gone, out of sight, the line pumping. Nick fought him against the current, letting him thump in the water against the spring of the rod. He shifted the rod to his left hand, worked the trout upstream, holding his weight, fighting on the rod, and then let him down into the net. He lifted him clear of the water, a heavy half circle in the net, the net dripping, unhooked him and slid him into the sack.

He spread the mouth of the sack and looked down in at the two big trout alive in the water.

Through the deepening water, Nick waded over to the hollow log. He took the sack off, over his head, the trout flopping as it came out of water, and hung it so the trout were deep in the water. Then he pulled himself up on the log and sat, the water from his trousers and boots running down into the stream. He laid his rod down, moved along to the shady end of the log and took the sandwiches out of his pocket. He dipped the sandwiches in the cold water. The current carried away the crumbs. He ate the sandwiches and dipped his hat full of water to drink, the water running out through his hat just ahead of his drinking.

It was cool in the shade, sitting on the log. He took a cigarette out and struck a match to light it. The match sunk into the gray wood, making a tiny furrow. Nick leaned over the side of the log, found a hard place and lit the match. He sat smoking and watching the river.

Ahead the river narrowed and went into a swamp. The river became smooth and deep and the swamp looked solid with cedar trees, their trunks close together, their branches solid. It would not be possible to walk through a swamp like that. The branches grew so low. You would have to keep almost level with the ground to move at all. You could not crash through the branches. That must be why the animals that lived in swamps were built the way they were, Nick thought.

He wished he had brought something to read. He felt like reading. He did not feel like going on into the swamp. He looked down the river. A big cedar slanted all the way across the stream. Beyond that the river went into the swamp.

Nick did not want to go in there now. He felt a reaction against deep wading with the water deepening up under his armpits, to hook big trout in places impossible to land them. In the swamp the banks were bare, the big cedars came together overhead, the sun did not come through, except in patches; in the fast deep water, in the half light, the fishing would be tragic. In the swamp fishing was a tragic adventure. Nick did not want it. He did not want to go down the stream any further today.

He took out his knife, opened it and stuck it in the log. Then he pulled up the sack, reached into it and brought out one of the trout. Holding him near the tail, hard to hold, alive, in his hand, he whacked him against the log. The trout quivered, rigid. Nick laid him on the log in the shade and broke the neck of the other fish the same way. He laid them side by side on the log. They were fine trout.

Nick cleaned them, slitting them from the vent to the tip of the jaw. All the insides and the gills and tongue came out in one piece. They were both males; long gray-white strips of milt, smooth and clean. All the insides clean and compact, coming out all together. Nick tossed the offal ashore for the minks to find.

He washed the trout in the stream. When he held them back up in the water they looked like live fish. Their color was not gone yet. He washed his hands and dried them on the log. Then he laid the trout on the sack spread out on the log, rolled them up in it, tied the bundle and put it in the landing net. His knife was still standing, blade stuck in the log. He cleaned it on the wood and put it in his pocket.

Nick stood up on the log, holding his rod, the landing net hanging heavy, then stepped into the water and splashed ashore. He climbed the bank and cut up into the woods, toward the high

Literatura Norteamericana

ground. He was going back to camp. He looked back. The river just showed through the trees. There were plenty of days coming when he could fish the swamp.